



# Otros Logos

---

## REVISTA DE ESTUDIOS CRÍTICOS

Centro de Estudios y Actualización en Pensamiento Político, Decolonialidad e Interculturalidad, Universidad Nacional del Comahue

ISSN 1853-4457

### **Algunas consideraciones acerca de una geología política del sometimiento. Deformaciones antropológicas y cataclismos sociales**

Abelardo Barra Ruatta\*

#### **Resumen:**

Procuro aquí plantear críticamente el rol que desempeñan las instituciones académicas, aun cuando las mismas declararen desempeños decoloniales, como consecuencia de hallarse constituidas en matrices deformadoras. El combustible de estas instituciones -cruciales en la producción y reproducción de subalternidad-, el conocimiento, se encuentra ensamblado por propósitos que desembocan en binariedades excluyentes. La búsqueda de la verdad expresa voluntad de hegemonía: una única descripción válida de la realidad en sus múltiples manifestaciones y, de ese modo, devaluar a quienes, por vías o por distintas razones, han alcanzado un modo diferente de ver las cosas.

Procurando pensar las circunstancias que tensionan opresivamente nuestras situadas existencias, recurro al concepto-imagen *geología política del sometimiento* para referir a las diversas placas de opresión que aplastan las posibilidades de realización existencial de vastas mayorías populares. La categoría me pareció útil para estimular una crítica que desentierre los plurales estratos sedimentarios de poder que alienan nuestras subjetividades. Además, la representación de las placas geológicas grafica la inevitabilidad con que se suelen presentar esos estratos de jerarquía y sometimiento. Finalmente, me

---

\*Magister en Ética Aplicada. Profesor Asociado en Filosofía Argentina y Latinoamericana Contemporáneas en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Director del Proyecto Investigación Secyt-UNRC. "Poder constituyente y Teoría Crítica. Las fronteras abiertas de América latina". Entre sus producciones recientes compiló el libro (2012), *Biopolítica, biopoder, biotecnologías. La vida más allá del dolor: los goces de sus promesas*, Río Cuarto, Editorial Cartografías. Compilador y coautor del libro (2011), *América Latina. Subjetividades emergentes/Nuevos derechos/Otras historias*, Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto.

resulta fructífera para pensar la diacronía y la sincronía del sometimiento: las historias de la opresión y las plurales formas de vigencia de la misma.

**Palabras claves:** sometimiento, colonialidad, movimientos sociales, universidad, emancipación

**Abstract:**

I try to ask here critically the role played by academic institutions, even when they declare themselves decolonial performance, as a result of being incorporated in deforming matrix. The fuel of these institutions -crucials in the production and reproduction of subordination-, the knowledge, is joined by purposes that leading in binary exclusive propositions. The search for the truth express wish of hegemony: a single valid description of reality in its many manifestations, and thus devalue those who, for roads or for various reasons, have reached a different way of seeing things.

Trying to think the circumstances that stress placed oppressively our stock, I use the concept-image *submission policy geology* to refer to the various plates of oppression that crush of existential possibilities of vast majorities. The category I found it useful to stimulate a critical dig plurals power sedimentary strata that alienate our subjectivities. Furthermore, the representation of geological plates plots the inevitability with which these layers are usually present hierarchy and subjugation. Finally, I find it fruitful to think diachrony and synchrony of submission: the stories of oppression and plural forms of the same effect.

**Keywords:** submission, coloniality, social movements, university, emancipation

No sin cierto funambulismo intelectual, elaboré la categoría *geología política del sometimiento*, con el propósito de dar cuenta acerca de la superposición de placas de poder-control, diversas y complementarias, con que las aristocracias socio-políticas, incoadas en el seno de las democracias formales, sepultan despiadadamente la vida, producción e historia de aquellos individuos y colectivos humanos, que no satisfacen los baremos de humanidad definidos en sofisticados discursos, discriminatorios y mistificadores, puestos en circulación por las elites que hegemonizan la organización jurídico-institucional y el consiguiente gobierno de las sociedades. Tales índices ontológicos de inclusión e identidad toman fuerza de idearios eugenésicos, racistas, patriarcales, machistas, heterosexuales, que se hallan amalgamados entre sí por la sustancia excelsa de una filosofía de lo trascendente, separada arrogantemente de históricas circunstancias materiales, que son, ciertamente, favorables a quienes ponen en circulación los relatos acerca de la legitimidad

de su dominio y hegemonía. La sustitución de los hechos fácticos por narraciones idílicas de los orígenes, no sólo justifica la posición de poder, sino que provee de justificación moral e impunidad ante escozores de culpabilidad que aparecen, de vez en tanto, cuando el horror del sometimiento alcanza niveles de tragedia aun para quienes lo usufructúan. Sacrificio y entrega, así como predestinación y necesidad, son contraseñas con que los sectores dominantes estructuran apologías eugenésicas y teleológicas. *Arjé* y *telos* se anudan en narraciones mistificadas que anulan la historia: en el comienzo está involucrado el fin. Todo lo demás es griterío, aberración, monstruosidad.

El objeto de este trabajo consiste en plantear críticamente el rol que desempeñan las instituciones culturales y académicas, aun cuando las mismas se autoconciban inscriptas en *performances* críticas y decoloniales. Esta negación de objetivos liberadores a tales instituciones se fundamenta en que las mismas han sido concebidas históricamente en matrices deformantes. El combustible de estas instituciones -cruciales en la producción y reproducción de alteridades subalternas-, el conocimiento, se encuentra amalgamado por propósitos y actitudes que, necesariamente, desembocan en binariedades excluyentes. La tradicional búsqueda de la verdad en Occidente, reconoce la voluntad de volver hegemónica una única manera de percibir y describir la esencia de la realidad a pesar de su fenomenización en múltiples manifestaciones coexistentes y, de ese modo, devaluar a quienes, por distintas vías o razones, han alcanzado un modo diferente de ver las cosas.

### **El endocolonialismo y la geología política del sometimiento**

Incurramos en la antropofagia.<sup>1</sup> Deglutamos el concepto colonialismo y definámoslo como la ascendencia violenta que ejerce cualquier país, clase, grupo o persona sobre otros. De acuerdo a esta definición no hace falta extranjería nacionalitaria o lejanía geográfica para que alguien se erija en colonialista. El endocolonialista ejerce sus tácticas opresivas aún con sus congéneres, y esta violencia puede asumir un repertorio de modalidades que

---

<sup>1</sup>Uso el concepto antropofagia en un sentido análogo a como lo utiliza Oswald de Andrade en su ruptural "Manifiesto antropófago" del año 1928.

van desde el terror simbólico a la supresión física de los colonizados. Por cierto que la vigencia de gobiernos democráticos en la mayor parte de los países del mundo, atenúa la violencia fáctica, reservándose la terrible espectacularidad de su emergencia sólo a aquellas situaciones en que el estado de excepción suspende las garantías constitucionales. Quiero significar, que las conquistas obtenidas por las clases oprimidas, objetivadas en salvaguardas jurídicas o en declaraciones multilaterales, atenúan las manifestaciones represivas que los gobiernos ejercen sobre sus poblaciones.

Pero, es verdad que no necesitamos pensar la banal espectacularidad de la violencia para describir el endocolonialismo. Las más de las veces la violencia doméstica es ejercida en el marco de impunidad que brindan legislaciones a las que se les ha prestado anuencia legal de modo acrítico, puesto que la colonialidad se halla diseminada en todas y cada una de las esferas de la vida cotidiana y su distribución es obra de institutos tan vastamente aceptados que, oponerse a esa normatividad naturalizada, constituye lisa y llanamente un desafío subversivo socialmente execrable. El empoderamiento del experto y su autorización excluyente para decir la verdad en el campo de su incumbencia, equivale al diseño de estructuras piramidales en que se manifiestan la casi totalidad de las relaciones antropológicas: densas capas culturales que determinan aplastamientos ontológicos de naturalizada aceptación. Modificando lo que hay que modificar no es temerario afirmar que el experto (o sabiente) ejerce sobre el lego (o ignorante) un ascendiente personal que excede el campo específico de conocimiento en el que ha desarrollado su experticia técnica: se produce una captura o secuestro total de la palabra. El ignorante se vuelve mudo y todo lo que acierte a expresar es descalificado por constituir la formulación de un mera *doxa*, vulgar e infundada. El funcionamiento social, la dinámica de la vida cotidiana, se halla dualizado irreconciliablemente: la esfera pública, reservada a los que saben, y el ámbito doméstico donde se reproduce la vida en su dimensión bioafectiva. Todo se halla estratificado insalvablemente: por un lado los que mandan, por el otro los que obedecen casi instintivamente. Por cierto, que esta caracterización es hiperbólica, desmesurada, pero no por ello deja de transparentar la verdadera fenomenología de las relaciones sociales. Todos los que deciden se hallan empoderados y sostenidos por conocimientos erigidos en superiores, elevados,

esenciales. No habré de abundar en la siguiente afirmación, por entender que su desarrollo excede la pretensión de este artículo, pero podemos constatar la existencia de una perversa correlación entre las dimensiones ontológicas, epistémicas y morales. El empoderamiento que otorga el saber no confiere solamente prerrogativas cognitivas y epistemológicas, sino que, de su mano, el experto (sabiente) acumula moralidad y belleza: el que sabe es bueno y bello. En tanto que lo inverso también se erige en axiomático: quien es ignorante es malo y feo. Este ontologismo debe ser desarticulado apelando a la genealogía de los universales, desnudando la invariable particularidad e historicidad de los mismos.

Las instituciones y los agentes responsables del gobierno social -en sus andariveles políticos, económicos, culturales, etc.- están, invariablemente, a cargo de los que saben, y la iteración de las prácticas consolidan verdaderas aristocracias del poder. Los círculos del poder se cierran sobre sí mismos y configuran una zona-fortaleza donde se custodia la pureza de saberes que se vuelven esotéricos por hallarse, fácticamente, desprendidos de las mayorías y de sus posibilidades de ascenso intelectual y material (y concomitante acceso a esas zonas de claridad epistémica). Si nos centráramos en alguna de estas instituciones axiales, por ejemplo, la universidad y en los modos canónicos de producir, transmitir y aplicar saberes, veríamos que se trata de instituciones cerradas, celosamente corporativas para todos los que respetan a rajatabla la ortodoxia funcional.

Si adoptamos, por un momento a la universidad moderna como unidad de análisis, se colige que la misma se halla vinculada a un conjunto de estrategias políticas asumidas por los estados nacionales con el objeto de apuntalar la organización institucional y proveer agencias eficientes de progreso (cultural, espiritual, material, etc.) Constatamos que las universidades son las sedes, casi excluyentes, de la formación de la dirigencia político-institucional, económica, social y cultural. Es por ello, que su cometido se limita (en gran proporción) a: (1) enseñar y a titular, administrando estrictamente las currículas, (2) a investigar aquellas parcelas de la realidad que más interesan a los sectores hegemónicos de la sociedad y, (3) a transferir o extender servicios y conocimientos que contribuyen a fortificar los límites admitidos y convencionales de la sociedad existente. Por todo ello, la universidad es una

eficiente instancia de conformación de subjetividades predisuestas a continuar con la reproducción acrítica de lo dado.

Procurando pensar las circunstancias que tensionan opresivamente nuestras situadas existencias, recurro al concepto-imagen *geología política del sometimiento* para referir a las diversas y complementarias placas de opresión que aplastan las posibilidades de realización existencial de vastas mayorías populares. Tal metáfora conceptual me pareció útil para estimular una crítica que detecte-desentierre los plurales estratos sedimentarios de poder que alienan nuestras subjetividades y nuestros proyectos de vida. Por lo demás, la representación mental de las placas geológicas grafica la inevitabilidad con que se suelen presentar esos estratos de jerarquía y sometimiento. Finalmente, la metáfora me resulta fructífera para pensar la diacronía y la sincronía del sometimiento: las historias de la opresión y las plurales formas de vigencia de la misma.

Desde la historia tectónica, esas placas de sometimiento incluyen en su formación originaria la inaugural violencia de la conquista europea. Las franjas superpuestas están formadas por otros aluviones de colonialidad y neo-colonialidad, por sedimentos de renovadas experiencias de dominación. El peso de la colonialidad del poder determina que nuestras subjetividades lleven inscriptas las rudas huellas de un saber racializado, que configuró a la periferia como alteridad, monstruosa y radical, de un centro metropolitano tenido como medida eugenésica del ser. La consecuencia de la violencia del conquistador fue la emergencia de una ontología (y un bestiario descriptivo) de seres y espacios degradados que, desde entonces, son exhibidos como minusvalías ónticas, naturales y necesarias (en el sentido de inevitables y oportunas para remarcar la luminosidad immaculada del verdadero ser).<sup>2</sup> En lo que sigue procuraré mostrar que, sobre esas deformadas placas de colonialidad, se edificaron estructuras y lógicas sociopolíticas que, durante toda la existencia colonial latinoamericana, obstruyeron la emergencia de espacios legítimos de enunciación de voces y palabras alternativas, impidieron la bella catástrofe de la aparición de una *episteme* anómala que fuese capaz de desnudar el carácter

---

<sup>2</sup> Por cierto que tales minusvalías son, en rigor, lacerantes resultados históricos derivados de situaciones de un vasallaje político, económico, cultural y epistémico.

provincial-particular de una universalidad abstracta que, con violenta obstinación, sostiene pesadas y brutales capas de opresión.<sup>3</sup>

### **Registros caóticos de los cataclismos**

Profundísimos cambios verificados en todos los órdenes del quehacer humano han producido cataclismos o mutaciones societarias que insinúan (e instauran, en algunos casos), tendencialmente, nuevas formas de interacción política que conminan a las sociedades -a través de sus institutos paradigmáticos de preservación de las aristocracias democráticas, los estados-, a dar lugar a reclamos formulados (e impuestos) por múltiples y heterogéneos sujetos sociales. En ese marco -aunque en las épocas más aciagas y restrictivas de lo democrático hubieron quienes abrieron grietas para ejercer con valentía un pensar crítico y contestario-, varios institutos del *status quo*, forzando inercias aprobadas por los sectores tradicionalmente satisfechos, se sienten, política y moralmente interpelados a la asunción de un compromiso para colaborar en la estructuración de formas de radicalización progresista de las prácticas democráticas; reformulación muy vinculada a la incorporación protagónica de nuevos agentes socio-políticos, que han sido tradicionalmente discriminados u omitidos -aún por los sectores más críticos o vanguardistas- por la sociedad y el estado.

Las densas imágenes geológicas a las que he acudido más arriba no debe inducirnos a creer que el sometimiento es algo tan natural como la superposición de las inertes placas tectónicas: la voluntad humana tiene la potencialidad de diseñar conocimientos de los quiebres, saberes de deformaciones liberadoras, de herejías cataclísmicas. La historia demuestra que a las filosofías de la fijeza, que conciben la inmovilidad del ser, siempre concentrado en su mismidad, transhistóricamente perfecto y acabado sin auxilio alguno del devenir, se les contraponen las filosofías de la ruptura, del dinamismo, del acontecimiento y la libertad. En rigor, solo un relato ficcional, saturado de mala fe, puede negar que el acontecer histórico es poroso a la voluntad humana. O más precisamente, que el devenir histórico está construido

---

<sup>3</sup> Para esta idea de 'provincialidad', véase: Dussel, Enrique (1994).

por la concatenación de las decisiones adoptadas, libremente, por los seres humanos.

Más allá de que en muchas ocasiones, el saber y el obrar de los sujetos se conciben como instancias capaces de cristalizar en dimensiones que reclaman para sí intangibilidad o etereidad, en rigor, nadie ha podido probar jamás la existencia de una dimensión ontológica trascendente, separada de la volición y la actividad de la humanidad. Una espuria e interesada mitificación segrega esos espacios inmateriales de las condiciones materiales que han hecho posible su aparición. Detrás de esa fantasmática incorporeidad se encuentran las burdas apetencias materiales de quienes componen los sectores que detentan las usinas del poder. Pero, en tantas otras ocasiones, el pensamiento y la *praxis*, deliberada y reivindicatoriamente, son fundamento de acontecimientos inesperados, aunque fuertemente involucrados con las vicisitudes ético-políticas surgidas de las demandas de sectores sociales oprimidos. Esta irrupción ruptural de un saber que permite visualizar la palpitante encarnadura del porqué de su enunciación constituye lo que podríamos denominar un “pensar crítico”. Pensar críticamente es, consecuentemente, exhibir la urdimbre política de los saberes y las prácticas sociales, porque, lejos de la entelequia o la asepsia, las creaciones humanas basculan entre lo universal y lo particular, entre la estabilidad y el cambio, entre el cielo y la tierra. Mas el polo (aparentemente) excelso no supone una dimensión trascendente, meta-fáctica o metafísica. La universalidad, la estabilidad, el cielo, son nombres que le adjudicamos a la históricamente situada voluntad de generalización expansiva de la justicia, la libertad y el amor.

Este boicot a la insostenible inmutabilidad, necesidad y universalidad del saber acerca del ser -saber enteramente destilado en los alambiques de la contingencia histórica-, se torna más pertinentemente evidente en escenarios sociales como el latinoamericano, toda vez que es inherente a los mismos la presencia de voces -proferidas débilmente por estar silenciadas bajo violentas mordazas- y saberes preexistentes a la furiosa irrupción del invasor europeo. Apenas rasguñamos las capas de colonialidad impuestas por el conquistador advertimos la violencia de los saberes hegemónicos: debajo de la máscara europea, el rostro bronceado de *AbyaYala* remite a la riquísima y milenaria

entidad antropológico-cultural indígena. Ello determina que en la contracara de la identidad colonial hegemónica impuesta por las elites gobernantes, las poblaciones americanas prosiguieron, disimuladamente, desarrollando sus modos peculiares de existencia, no sólo a través de estrategias de un sincretismo que enmascaraba sus marcas culturales, sino también en violentas y atemorizantes rebeliones indígenas y afroamericanas, que siguieron dando continuidad a una singular personalidad socio-cultural que, en nuestros días, está retomando un fuerte protagonismo político y social.<sup>4</sup>

La visibilización de los agentes excluidos de la historia eurocentrada se halla estrechamente relacionada con el protagonismo de los movimientos sociales, que constituyen nuevos agentes sociopolíticos urgidos por demandas vitales inaplazables. Esta urgencia vital los distancia de la política clásica y de los modos tradicionales de representatividad. Los movimientos sociales viven dramáticamente el hoy y, por lo tanto, sus exigencias no pueden ser satisfechas a través del ralentizado obrar de mediaciones parlamentarias de lo popular, viciadas por largos años de gestiones usufructuadas por aristocracias democráticas que, en todos los países, se replican en círculos estrechos de endogámica corrupción.

Partiendo de que las universidades han sido los espacios del saber colonial en el que han abrevado las clases dirigentes, que caractericé como aristocráticas, realizaré una breve caracterización de ese espacio cultural, analizando en particular el derrotero que ha seguido la filosofía en nuestro territorio continental. Identificada, la filosofía a la que refiero, con los límites simbólicos y materiales de la institucionalidad oficial, procuraré mostrar que el tendencial crecimiento y protagonismo de los movimientos sociales dará pistas acerca del devenir de una política democrática, progresista y subversiva.

Me parece relevante recordar que los primeros escauceos filosóficos escolásticos se dieron muy tempranamente en el exótico cuerpo del territorio que se renombró como América. La filosofía, como metafísica del ser

---

<sup>4</sup> Por cierto que la colonialidad del poder y del saber pretendieron invisibilizar, minimizar y criminalizar estos valientes acontecimientos de rebeldía y rechazo. Pero nunca pudieron extirpar de la memoria histórica de los pueblos la profundidad de estas violentas repulsas: esos hitos configuran la biografía inextirpable de los pueblos originarios (incluyendo en ellos a los tempranamente transplantados africanos). Las lenguas, las historias entrelazadas con mitos y leyendas, la estética, la corporeidad remiten a ese substrato vivo que no pudo extinguir la violencia genocida de los invasores.

trascendente ignoró la interpelación antropológica, tenida por execrable manifestación de herejía sensual y demoníaca. Siglos después, iluminando intelectualmente los aprestos independentistas, la filosofía aceptó los desafíos de la inmanencia, pero lo hizo con el disfraz que le imponía la colonialidad de su origen. Aviesa o ingenuamente, las clases que se agenciaron del gobierno criollo emancipado, adoptaron la excentricidad conceptual metropolitana. Las luces circulaban por las conciencias de las elites pero dejaban a oscuras a las voces demandantes de las mayorías indígenas, negras y mestizas. La universalidad racionalista europea cohonestaba la emancipación americana, a sabiendas de que su, espuriamente arrogada, superioridad ontológica y epistemológica conminaba a la periferia colonial a transitar el camino del progreso, expresado paradigmáticamente en el modo capitalista de organizar la vida y la producción, como furgón de cola de la razón universal (provincianamente europea).

La normalización o profesionalización filosófica -hacer filosofía como la hace Europa- supuso la continuidad de una supeditación cultural plagada de un irracional orgullo por parte del colonizado. La mayor parte de la intelectualidad iberoamericana adscribió gozosamente a lo europeo como parámetro del ser, imbuida del orgullo de pertenecer a un estatuto antropológico preferencial que nos distancia, racializadamente, del resto de Iberoamérica. Cambiando lo que hay que cambiar, esta breve narración de las peripecias de la numinosa filosofía en nuestros territorios geográficos y mentales, constituye un – dramático- testimonio de lo sucedido en todos los escenarios del quehacer social.

Las negativas consecuencias del primado de esta excéntrica concepción del mundo, reclama la confrontación con un pensar y un obrar críticos, decolonizante, emancipador. Un pensar-actuar duplicadamente crítico, porque tiene la necesidad, político-moral y epistemológica, de criticar también las marcas de colonialidad que vertebran muchas de sus categorías analíticas. Es imprescindible evaluar todas las placas del sometimiento para evitar la insuficiencia de una crítica que se detenga en los rasgos más groseros y evidentes de la colonialidad del poder. Es necesario dar un paso más y denunciar la endocolonialidad que se ejerce –muchas veces disimulada en un paternalismo meloso- en múltiples planos de las relaciones socio-políticas. Es

necesario asumir un compromiso político sin retaceos ni reservas, abrirse sin cortapisas al empoderamiento de los sectores sociales más oprimidos. Compromiso y acción políticas que pongan en cuestión formas legitimadas de jerarquización social que han fundamentado epistemologías en las que, naturalmente, el letrado habla por quienes “no saben” o “saben menos”. Este tomar la palabra por el otro, equivale a la devaluación ontológica de quienes no participan del saber letrado y del orden material que se deriva de ese *logos* excluyente.

Por cierto, que la subversión descolonizadora será resistida por quienes hacen usufructo de ese universo de identidades soberbias y absolutistas. La arrogancia intelectualista arremeterá contra este propósito de redescubrimiento y valorización de epistemologías indisciplinadas o suburbiales, por entender que ello conlleva peligrosas inmersiones en un terrorismo relativista, nihilista.

Como la estratificación de los saberes en densas gradientes epistemológicas, es fruto del ejercicio de formas indisimuladas de violencia simbólica que, las más de las veces, concomitan con diversas formas de violencia fáctica, se torna imperioso llevar adelante una batalla global que enfrente a todos los frentes de donde mana la ignominia y la injusticia. Esa estratificación de saberes se impone con base en criterios extrateóricos determinados por la colonialidad del saber-poder, que deja, mezquina y vanidosamente, de lado que el verdadero criterio de validez de un saber debe buscarse en la organicidad que éste guarda con los criterios éticos-políticos adoptados por un colectivo social en su ejercicio de autorealización emancipatoria. No hay vacío nihilista alguno. No se trata de restar méritos a la exactitud y confiabilidad de la visión de la realidad que confiere la ciencia occidental: simplemente se trata de ubicar su hegemonía en coordenadas de poder fáctico, antes que en una autoproclamada e insuperable superioridad teórica. Existen muchas otras formas de conocimiento que constituyen eficientes y plausibles maneras de explicar e intervenir en la realidad.

Los saberes hegemónicos se desparraman por las placas de sometimiento y proporcionan fundamentos para la cristalización de relaciones estratificadas entre las múltiples formas que adopta, orgánica y exitosamente, el saber construido por los humanos en todas las latitudes del orbe. A estos modos de jerarquización simbólica contribuye la institucionalidad académica que,

inercialmente imantada por la búsqueda de la conversión de todo en uno –la *universitas* es una totalidad que no admite pluralidad sincrónica-, ocluye *epistemes* alternativas. La multiversidad o la pluriversidad deberían ser el *desiderátum* de una institución que desea conocer sin convertir todo en uno. La proliferación de puntos de vista instituye dinámicas progresivas del saber. No conocemos sino mediante el antagonismo, la contradicción, la oposición y la objeción.

Son plurales los enseñantes porque son plurales los modos de la existencia. No hay un modo paradigmático o excluyente de organizar la vida: cuando ello ocurre es por que opera un mecanismo de violencia autoritaria. Gran parte de nuestras instituciones reconocen esa violencia en sus dispositivos fundacionales y en su dinámica operacional: los criterios de conformación han sido restrictivos y han tendido siempre a disolver la diferencia en una unidad cerrada, sin costuras. Son muchas las amputaciones que recogen las instituciones en su génesis -mutilaciones de género, de sangre o etnia, de clase, de nacionalidad, etc.-, determinando un obrar escudado en una universalidad abstracta.

Apresurándome a poner en conjunción los diversos registros conceptuales que operan como base de este breve artículo, asevero que la superación de la opresión inducida por las placas de sometimiento, supone el necesario obrar sinérgico en múltiples frentes. La denuncia de la naturalizada dinámica de la colonialidad del poder y del saber, constituye un paso sólido en el proceso de recuperación de otros *logos* preteridos, silenciados y depreciados. Pero ello es insuficiente cuando tales estrategias epistémicas sólo motivan discusiones inter-académicas. Es necesario protagonizar acontecimientos políticos rupturales y avanzar en la apertura de los espacios académicos -tradicional y exclusivamente reservados a expertos esclarecidos- a los aportes que los movimientos sociales (y otras presencias anómalas) pueden realizar desde sus idiosincrásicos lugares de enunciación; esto es, desde la indignación moral suscitada por su exclusión, olvido o negación. La visibilización, la escucha atenta y respetuosa, la interacción con los saberes de estos actores nihilizados, radicaliza políticamente la potencia contrahegemónica de quienes en su opción intelectual indagan los porqués de la injusticia. Aunque esté lejos de pensar que el compromiso intelectual radique en un activismo que desdeñe las

teorizaciones, creo que ningún ejercicio intelectual de empatía puede generar fórmulas teóricas con potencialidad de expresión y supresión de las vivencias del malestar moral y material que la opresión vivida produce. Pareciera que en la habilitación ético-política de una pluralidad abierta de actores no convencionales, la institucionalidad adquiriera una consistencia magmática y se abriera, por lo tanto, a la plasticidad instituyente aportada por las nuevas voces y sus demandas y proposiciones. El compromiso y el obrar progresista en la institucionalidad académica, sólo puede producirse cuando se adopte un pluralismo epistemológico que trascienda la búsqueda y reproducción del saber predominante, y apunte conocimientos y prácticas enderezadas a la clausura de nociones, actitudes y prácticas opresivas.

Nuestras metáforas geológicas, con su apariencia de pétreo inmovilidad, alientan, sin embargo, a pensar el desplazamiento de placas tectónicas que inauguren, con su poder de ruptura y destrucción, nuevos escenarios. La indignación ante la injusticia y el sufrimiento constituye una emoción ética que alienta la reconfiguración de los espacios existenciales. Aunque de modo harto insuficiente, he procurado mostrar una configuración epistemológica alternativa que adhiera a la vida y sus vicisitudes ético-políticas; esto es, un pensamiento que migre de la binariedad ontológica para detenerse en las exigencias de nuestra subjetividad encarnada. Al solipsismo de la aprehensión intelectual es necesario oponer la comunalidad del conocer haciendo. Unos saberes que alcancen su verdad en la *praxis* transformadora de un mundo visto como digna e integral morada de nuestra inmanencia ontológica.

### **Referencias bibliográficas:**

Dussel, Enrique (1994), 1492. *El encubrimiento del otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*, La Paz, Plural editores.

Quijano, Aníbal (2000), "La colonialidad del poder. Eurocentrismo y América Latina", en Lander, Edgardo (Comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso, pp. 201-246.

Santos, Boaventura de Sousa (2009), *Una epistemología del Sur: la reinención del conocimiento y la emancipación social*, Buenos Aires, CLACSO.